

traba hácia Roma una gran predilección, hasta el punto de ofender á sus fieles Sajones (1); buscaba sus amigos y sus consejeros entre los Romanos, creyendo que éstos podrían ayudarle mejor que los Germanos á resucitar el pasado (2).

Un cronista dice que Oton III quiso cosas tan grandes, que se las puede tener por imposibles. La pompa imperial engañaba á los contemporáneos; no era más que una vana imitación de las formas del Bajo Imperio. Al ver *los señores y los condes de la milicia imperial, los protospatrios, los vestiaros y protovestiaros, los logotetos y los archilogotetos*, podía uno creer que se encontraba en Constantinopla; no faltaba nada, ni aún la vanidad griega: veíase en la córte de Alemania un *prefecto naval*, á pesar de que el Emperador no poseía un solo barco. Aquel aparato, como dice un historiador alemán (3), parecía más bien una mascarada que una monarquía universal. Los Otones transmitieron sus ambiciosos proyectos á una familia todavía más ambiciosa y más poderosa. Los Hohenstaufen amenazaron al Occidente con la monarquía universal. Federico Barbaroja reunió en su cabeza los derechos de las dos casas rivales, de los Güelfos y de los Gibelinos. Su canciller, el arzobispo de Colonia, trataba á los reyes con desden, como trata un señor á sus inferiores (4). Enrique IV añadió la corona de las dos Sicilias á las coronas de Alemania y de Italia; codiciaba el Imperio de Constantinopla y hasta el Oriente mismo (5); quería hacer de la Francia un feudo del Imperio (6). Su conducta era ya la de un señor del mundo: se atrevió á poner la mano sobre un rey; Ricardo Corazon de leon compareció an-

(1) Oton III, en un discurso á los Romanos, dice: «*Vosne estis mei Romani? Propter vos quidem meam patriam, propinquos quoque reliqui. Amore vestro meos Saxones et cunctos Theotiscos, sanguinem meum projecimus...*» (THANGMARI, *Vita Bernardi*, c. 25, en PERTZ, IV, 770).

(2) *Gesta Episcoporum Cameracensium*, I, 114 (PERTZ, VII, 451).

(3) GIESEBRECHT, *Geschichte der deutschen Kaiserzeit*, t. I, p. 689.

(4) Llamaba al rey de Francia reyezuelo: «*Impudenti scurrilitate verborum consuevit regulum appellare.*» (J. SARISBERIENSIS, *Epist.* 185, p. 480.)

(5) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, p. 568 y sig.

(6) Esto es lo que Inocencio III escribió á Felipe-Augusto para apartarle de la alianza de los Hohenstaufen (*Registrum Innocentii de negotio Imperii*, Ep. 64, en la *Colección de las cartas de Inocencio III*, de BALUZE, t. I).

te una dieta imperial como ante sus jueces naturales (1). No faltaba más que un príncipe cuyo genio estuviese á la altura de aquellos proyectos gigantescos. Federico II, el hombre más extraordinario de la Edad Media, es llamado al trono de Alemania. ¿Por qué fracasó? Los Hohenstaufen caen ante el Pontificado unido al espíritu de libertad; el último vástago de aquella raza arrogante muere bajo el hacha del verdugo. El Imperio, entregado á la anarquía, no se rehace ya; no quedan á los emperadores romanos más que títulos y pretensiones.

SECCION III.—MISION DEL IMPERIO.

Los emperadores aspiran á la monarquía universal como un derecho que va unido al nombre de Roma. La Iglesia da su sancion á estas pretensiones: de las dos espadas que rigen á la cristiandad, guarda la espiritual y deja la temporal al Emperador. Papas y emperadores vivían bajo la influencia de un error secular. La monarquía universal no es el ideal de la humanidad. Por más que el Dante la exalte como el único medio de asegurar la paz y la unidad, el monarca universal no podría establecer la paz más que destruyendo toda vida individual; esta paz sería la de la muerte, la paz que los Césares romanos dieron á las Galias. El pretendido ideal de los Gibelinos no era más que un retroceso á lo pasado, á un pasado que habia conducido á la Europa al borde del sepulcro. En cuanto al ideal cristiano, era contradictorio. La Iglesia reconoce al Emperador la soberanía del mundo, pero nada más que en

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, p. 562.—ROGER DE HOVEDEN dice que Ricardo rindió homenaje al Emperador: «*Deposuit se de regno Angliæ, et tradidit illud Imperatori sicut universorum domino, et investivit inde eum per pileum suum.*» (*Annal.*, p. 724. ed. 1601.)

cuanto al poder temporal, que debe estar subordinado al poder espiritual, de modo que el Emperador no es más que el brazo armado del Papa. La soberanía del mundo no se deja limitar de esta manera; el que sea jefe temporal de la cristiandad no reconocerá por mucho tiempo las leyes de un jefe espiritual. La soberanía es invasora, exclusiva, y no sufre rivalidad. Por esto el ideal cristiano es un principio de luchas incesantes. La victoria del Papa ó del Emperador hubiera conducido á la monarquía universal. Los largos combates del Sacerdocio y del Imperio han salvado, pues, la libertad y el porvenir de la Europa. La monarquía universal no es más que una aspiración instintiva hácia la unidad. El género humano tiende á la unidad; pero la forma de esta unidad dista tanto de ser la monarquía universal, que todo el trabajo de la Edad Media y de los tiempos modernos se dirige á constituir naciones libres é independientes. Solamente sobre esta base puede fundarse la verdadera unidad: el ideal á que aspira la humanidad debe conciliar la individualidad que constituye la vida con la necesidad de armonía y de paz.

¿Cuál era, pues, la misión del imperio? Dejemos á un lado pretensiones, sistemas y utopías y consultemos la historia. Carlo-Magno es coronado por el Papa. Desde su origen el imperio tiene una misión religiosa. El gran emperador propaga el cristianismo por medio de sus victorias, y lo defiende por medio de sus armas; reforma y constituye la Iglesia, desempeña casi todas las funciones del Pontificado (1). La más alta idea que los carolingios se forman de su dignidad es la de ser los defensores de la Iglesia. Pero en las disensiones que los dividen olvidan el papel que la Providencia les ha asignado; no piensan ya en la propagación del Evangelio; en lugar de combatir á los paganos derraman la sangre de los cristianos en odiosas guerras civiles. Tales son las quejas que dejan oír los contemporáneos (2); á este abandono de los intereses divinos atribuyen la ruina de los descendientes de Carlo-

(1) Véase el t. v de mis *Estudios*.

(2) BRUNON., *Vita S. Adalberti*, c. 10 (PERTZ, IV, 599): *Vae nostro miserabili ovo! nemo rex studium adhibet, ut convertat paganum..... Est, heu pro peccatis! qui persequatur christianum, et nullus prope dominus rerum qui ecclesiam intrare compellat paganum.*

Magno (1). Sin embargo, la disolución del imperio lleva consigo la disolución del Pontificado y de la Iglesia. La Iglesia es presa de la violencia; las costumbres están corrompidas, la disciplina olvidada; la simonía y el concubinaje manchan á los elegidos del Señor. El cristianismo y la civilización han concluido, si la Iglesia no se reforma, si no recobra el puesto que le corresponde en el mundo. ¿De quién emanará esta reforma? La aristocracia episcopal, que ha presidido los destinos de la cristiandad hasta el siglo x, está manchada con los vicios de la sociedad bárbara, depende de los príncipes y de los señores. La reforma debe partir de más arriba; el Pontificado la impondrá. Los papas son reconocidos como sucesores de San Pedro, como órganos divinos de la Iglesia; pero en medio de la anarquía universal han llegado á ser juguete de las facciones políticas que desgarran la Italia. Roma está dominada por mujeres relacionadas con los Duques de Toscana; las cortesanas disponen de la Santa Sede (2). Antes de poder reformar la Iglesia, la Santa Sede debe emanciparse de aquel yugo vergonzoso. Este es el fin providencial de las expediciones italianas de Oton I. Merece el nombre de Grande por haber salvado al Pontificado. ¿Por qué abandona su reino de Alemania, á donde le llaman sus intereses, en donde su presencia y su acción son necesarias para establecer la unidad y la fuerza, en donde la conversión de las poblaciones paganas abre vasto campo á la ambición del conquistador? Es que la mano de Dios lo conduce á donde deben realizarse grandes cosas. Oton pone fin al régimen de las cortesanas. Para salvar al Pontificado del yugo de las facciones restablece la supremacía del imperio sobre la Santa Sede: en lo sucesivo el Papa no podrá ser elegido sino con el consentimiento del emperador (3). Pero apenas ha muerto Oton se levanta nueva-

(1) ADEMARI, *Hist.* III, 30 (PERTZ, IV, 129): *Ob hanc causam creditur progenies Caroli reprobata, quia jam diu negligens Dei gratiam, ecclesiarum potius neglectrix quam erectrix videbatur.*

(2) LUITPRANDI, *Hist.* II, 13: *Theodora, scortum impudens, romane civitatis non inviriliter monarchiam obtinebat. Quae diras habuit natus, Marotiam atque Theodoram, Marotia ex papa Sergio Johannem qui S. Romane Ecclesiae obtinuit dignitatem, nefario genuit adulterio, &c.* (PERTZ, t. III, p. 297.)

(3) IBID. *De rebus gestis Othonis*, c. 8: *Cives firmiter jurantes, numquam se*

mente el partido toscano, apoyado en la antipatía de Roma hacia la dominación extranjera; la Santa Sede llega casi á ser patrimonio de una familia. Entonces se ve un niño de doce años elevado á la dignidad de vicario de Cristo; se ve la cátedra de San Pedro vendida públicamente y después ocupada y repartida por tres pretendientes. Fué necesaria una nueva intervención del imperio para librar á la Iglesia de aquel escándalo. Enrique III depone á los tres papas y nombra en su lugar á un obispo de Alemania (1).

Los emperadores alemanes han llegado á ser lo que era Carlomagno, los verdaderos jefes de la Iglesia. Trabajan en la propagación del cristianismo; sus victorias sobre los paganos son á un tiempo conquistas para el Evangelio y para la civilización (2). Oton envía misioneros á lejanos países, hasta á los Rusos, sin ninguna ambición personal, y con el sólo objeto de ganar almas para Cristo. Los emperadores se ocupan de la reforma de la Iglesia; por algunos conceptos son los precursores de Gregorio VII. Las leyes de Oton prohíben el matrimonio á los sacerdotes, so pena de deposición, recibir mujeres en su casa, dedicarse al juego y á la caza; ponen el poder civil á disposición de la Iglesia para mantener la disciplina (3). Enrique III, de conformidad con los obispos alemanes, á quienes eleva á la Sede de San Pedro, trabaja con celo para destruir la simonía y corregir las costumbres del clero (4). Los contemporáneos, y entre ellos los más religiosos, aplauden esta intervención de los emperadores en la disciplina

Papam electuros aut ordinaturos præter consensum atque electionem domini Imperatoris Ottonis. (PERTZ, III, 342.)

(1) Todas las crónicas atribuyen el principal papel en la deposición de los tres papas y en la elección de Clemente II á Enrique III; *Ann. Wirzburgens. ad a. 1046: «Henricus Papas tres, non dignos constitutos, synodaliter deposuit, et Suiggerum Papam constituit.»* (PERTZ, II, 244.)

(2) Los Dinamarqueses, vencidos y convertidos por Oton el Grande, hacían todavía sacrificios humanos (THIETMAR, *Chron.*, I, 9; PERTZ, III, 739). Los Eslavos, hollados por la raza germánica, recibieron en compensación los beneficios del Cristianismo (ADAM., *Gesta Eccl.* II, 5, en PERTZ, VII, 307: *Otto Sclavos tanta virtute constrixit ut tributum et christianitatem pro vita simul et patria libenter offerrent victori.*)

(3) *Conventus Augustanus* (952) leg. 1-4 (PERTZ, *Leg.* II, 27 y sig.)—Enrique III dió leyes parecidas (*Leges Papienses* (1022), c. I, 2 (PERTZ, *Leg.* II, 563).

(4) PLANK, *Geschichte der christlichen Religionsverfassung*, t. IV, p. 3 y sig.

eclesiástica; la Iglesia, dice *Sigeberto de Gembloux*, no ha sido nunca más feliz que en tiempo de Oton (1). *San Damian* da gracias á Dios porque ha dotado á Enrique II de todas las virtudes cristianas (2). Los historiadores católicos están muy lejos de aprobar estos elogios; á sus ojos es una cosa monstruosa que un emperador deponga y nombre papas; no quieren creer que haya sido verdadera piedad la que inspiró á Oton y á Enrique; su pretendida protección, según ellos, no es más que tiranía, y viene á parar en una verdadera herejía, en la doctrina protestante que subordina las cosas espirituales al poder temporal (3). Estas recriminaciones contra emperadores piadosos son poco caritativas; hay hasta ingratitud en las acusaciones dirigidas contra príncipes que han librado á la cristiandad de los mayores escándalos que se han visto nunca en ella.

Sin embargo, la intervención del imperio en la Iglesia hubiera sido funesta si hubiera llegado á constituir regla. La Iglesia no debía estar sometida al Estado en la Edad Media; estaba llamada, por el contrario, á dominar sobre los reyes y los emperadores. La subordinación de la Iglesia al Estado no era legítima más que en circunstancias excepcionales. Lo que prueba la incompetencia radical del imperio es que las reformas intentadas por los emperadores no dieron resultado. Era necesario que la reforma de la Iglesia emanara de la Iglesia. Hé aquí por qué los papas no podían ser vasallos de los emperadores. ¿No era la dependencia del episcopado una de las causas principales de la decadencia del cristianismo en el siglo XI? El primer paso hacia la reforma debía ser, pues, la emancipación de la Iglesia de los vínculos que la unían á la sociedad feudal. Pero no basta la libertad á la Iglesia

(1) SIGEBERTI, *Vita Deoderici*, c. 7 (PERTZ, IV, 467): *Jure felicia dixerim Ottonis tempora, cum claris præsulibus et sapientibus viris respublica sit reformata, pax ecclesiarum restaurata, honestas religionis redintegrata.— Gest. Abbat. Trudonens.* (PERTZ, X, 381): *Primus Otto, ultra omnes fuit christianissimus.*

(2) S. DAMIANI, *Epist.* VII, 2, ad Henric. II: *Immensas laudes Regi Regum Christo referimus, quia sanctitatem et virtutum dona, que multis referentibus de regia majestate cognovimus, jam non verbis sed vivis operibus approbamus.*

(3) BARONIUS, *Annal. ad. a. 1046* (t. XI, p. 150), dice que la extinción de la casa de Sajonia es un castigo divino por sus sacrilegas usurpaciones. Compár. ROHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, t. III, p. 118-130.

para desempeñar su misión; necesita la omnipotencia. Van á cambiarse los papeles. Los Otones y los Enriques disponían de la Santa Sede como si fuese un simple obispado. Los Gregorios y los Inocencios van á disponer de los reinos y de los imperios.

Sin embargo, la dominación de los papas no tiene más que una misión pasajera, lo mismo que la de los emperadores; si se estableciese de una manera permanente absorbería al poder civil, y llegaría á ser la más opresiva de las teocracias. El Emperador no puede consentir en desaparecer delante del Papa. La ambición del Pontificado se estrella contra una ambición igual, la invasora. El Emperador pretende ser el jefe temporal de la humanidad; ha heredado derechos de los Césares romanos, se llama señor del mundo; como tal, no puede admitir un soberano en el Papa. Estas pretensiones rivales son el principio de una lucha necesaria, incesante. Aquí resplandece la gran misión del Imperio. Al combatir á los papas, los emperadores combaten por la soberanía del poder civil contra la teocracia. Sucumben, porque en la Edad Media el Estado debía depender de la Iglesia. Pero no por eso es estéril la lucha para la humanidad; impide el establecimiento de una teocracia católica bajo la soberanía del Papa, la peor de las monarquías universales, porque mataría á un tiempo la inteligencia y las nacionalidades.

Tales son los beneficios del Imperio; no estuvieron exentos de males. Un ilustre filósofo siente que los Otones y los Hohenstaufen hayan pretendido la quimera del Imperio; en lugar de querer ser los señores del mundo, dice, hubieran debido tratar de dominar la aristocracia de los príncipes, que no les dejaba más que una dignidad sin poder. Los reyes de Francia, continúa Hegel, concentraron su actividad sobre su reino, y así se desarrolló fuerte y poderosa la unidad francesa; los Emperadores de Alemania gastaron en las expediciones italianas su genio y las fuerzas del pueblo alemán (1) para pretender un objeto que no podían alcanzar; porque la reunión de Italia y de Alemania, añade un historiador, es contraria á la naturaleza de las cosas; los hombres no

(1) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 450.

pueden unir lo que Dios mismo ha separado (1). Así es que la posesión de la Italia fué fatal á vencedores y á vencidos. Mientras los reyes iban á conquistar la corona imperial, la Alemania era presa de la anarquía (2), del bandolerismo y de la miseria (3). La Italia veía con terror llegar á los Bárbaros del Norte; los emperadores iban como enemigos; su presencia se señalaba por la muerte y la carnicería. Todo esto es cierto; ¿debemos, pues, unirnos á los Italianos y á los Alemanes para maldecir esta tentativa de monarquía, como fatal á los mismos pueblos á quienes quería hacer señores del mundo?

Nosotros no creemos que las luchas seculares de la Alemania y de la Italia no hayan producido para los dos países más que ruinas y sangre. Las relaciones de los pueblos, aún sus hostilidades, son uno de los caminos por los que la Providencia lleva á cabo el progreso de la humanidad. Un atractivo insensible arrastra á los hombres del Norte hácia las bellas comarcas del Mediodía (4). ¿Qué van á buscar á las ricas llanuras de la Lombardía? El sol y los placeres. Pero allí encuentran también una civilización más adelantada. La tierra de Roma ha conservado la herencia de la antigüedad; comunica este beneficio á sus rudos conquistadores. Los obispos que acompañan á los emperadores vuelven á sus hogares cargados de reliquias, pero llevan entre ellas libros (5). Así se encuentra unida la antigüedad á los tiempos modernos. La Italia está ensangrentada, devastada, hollada por sus bárbaros vencedores; pero sus fuerzas se desarrollan admirablemente en medio de la lucha. Rebose la vida en las repúblicas lombardas. La Alemania no tiene razón en quejarse de sus heroicos emperadores;

(1) LUDEN, *Allgemeine Geschichte*, t. II, p. 299.

(2) *Chronio. Ursperg.*, ad a. 1116: *Et quia Rex abierat, unusquisque non quod rectum sed quod sibi placitum videbatur, hoc faciebat.*

(3) CONSTANTINI, *Vita Adalberonis*, c. 25 (PERTZ, IV, 667): *Tertius Otto.... in Romana Urbe totum pene vite sue tempus exegit; unde sic Imperii sui regna devastabantur, quo vix subsistere aut vivere ipsis etiam primatibus, pontificibus et majoribus regnorum facultas esse posset.*

(4) OTON DE FRISINGA llama á la Italia el jardín de las delicias (*deliciarum hortus*. *De gestis Friderici*, II, 13).

(5) *Translatio S. Epiphanií*, c. 2 (PERTZ, IV, 249): *Othwinus.... librorum tam divinæ lectionis quam philosophicæ fictionis tantam concepit copiam, ut qui illorum penuria inerti ante torpebant otio, frequenti nunc studii caleant negotio.*

no debe rechazar la fuerza que da la unidad, porque su genio no propende á ella; la raza germánica representa el principio de la diversidad; este principio tiene tambien su valor; ha inmortalizado á la Grecia, constituye la grandeza de la Alemania. Los laureles recogidos en Italia por los Otones y los Hohenstaufen no son estériles; las hazañas de los antepasados y la gloria del nombre germánico resuenan aún hoy en los corazones alemanes. Son elementos de nacionalidad, vínculos de unidad que valen tanto como la centralizacion romana.

LIBRO SEGUNDO.

LUCHA DEL PONTIFICADO Y DEL IMPERIO.

CAPÍTULO I.

ENRIQUE IV.

SECCION I.—EL OBJETO DE LA LUCHA.

Los historiadores llaman á la lucha de Enrique IV con Gregorio la guerra de las investiduras; á decir verdad, la investidura y la simonía no han sido más que la ocasion de la larga guerra entre el Imperio y el Sacerdocio; en el fondo la cuestion era más grave, porque se trataba nada ménos que de la existencia del poder civil. La política de Gregorio VII anula al Estado; reyes y emperadores no son más que los vasallos de la Santa Sede. Los príncipes no podian aceptar esta posicion subordinada; así, pues, la lucha sobrevió á la querella de las investiduras; el concordato de Worms, que debia dar la paz á la cristiandad, no fué más que una tregua. La hostilidad entre el Pontificado y el Imperio estaba en la fuerza de las cosas. La guerra volvió á comenzar con más violencia y grandeza bajo la casa de Suabia. Los Hohenstaufen tienen una elevada idea de la dignidad imperial; no consenten en humillarla ante el Papa. Enrique IV es cristiano; co-